

¿Señor Wormwood o señor Gusánez?

La traducción de los nombres propios en Dahl

por **Carmen Fernández Martín***

Los apellidos o los nombres de los personajes de las novelas no suelen traducirse de una lengua a otra. Sin embargo, habría que hacer algunas excepciones, como en el caso de las obras de Roald Dahl en las que los apellidos y nombres constituyen un código sémico muy importante. En este sentido, la autora del artículo hace algunas propuestas de traducción de los nombres propios

de algunos de los protagonistas de Matilda y James y el melocotón gigante, dos obras muy representativas en la obra de Dahl y muy ricas en apellidos característicos. Doña Auxilio en vez de señora Phelps, señorita Gordaogróñez en sustitución de señorita Trunchbull, o Jaime Enrique Trotamundos por James Henry Trotter son algunos de los cambios sugeridos.



La señora Phelps, la bibliotecaria, o doña Auxilio.

QUENTIN BLAKE, MATILDA, ALFAGUARA, 1989.

Me imagino a Roald Dahl como un gigante bonachón y también gruñon contando historias y diciendo «Dejad que los niños se acerquen a mí». En una entrevista concedida al diario *El Mundo* unos meses antes de su muerte, en 1990, decía este escritor que «a un niño se le ha de coger por el cuello cuando le cuentas una historia. Eso lo hago solamente estando de su lado, amándolos. Yo amo a los niños».

Ésta es precisamente una de las razones por las que goza de tan buena acogida entre sus jóvenes lectores. Sus historias parten siempre de lo cotidiano para transportar a éstos al mundo de la fantasía donde los adultos son ridiculizados y los niños son los héroes y, por supuesto, todo eso lo consigue a través del humor.

Dahl internacional

Su éxito no se ha circunscrito exclusivamente al mundo anglosajón, sino que Dahl ha sabido extender sus redes y atrapar a niños de todo el mundo. Sus libros se han traducido casi inmediatamen-

te después de su publicación en Gran Bretaña. Parece, pues, que los traductores de sus libros han conseguido que el texto término funcione dentro de su cultura de la misma forma que ha funcionado en la del texto fuente. Sólo la traducción al japonés de *Matilda* ha supuesto, según afirma Noriko Shimoda¹, la creación de un texto completamente diferente debido a la dificultad de reconstruir los mismos sistemas en dos lenguas tan dispares y debido también en parte a que «el traductor ha decodificado ciertos códigos culturales británicos según el suyo propio».

Cuando decimos que el texto término tiene que funcionar de la misma manera que lo hizo el texto fuente queremos implicar que entre Dahl y sus lectores británicos se establece una comunicación de tal forma que, como argumentan Sperber y Wilson², las llamadas de atención del escritor producen unos efectos contextuales adecuados entre éste y los lectores, con un coste de procesamiento mínimo. El traductor tendría, por tanto, que crear en la otra lengua el mismo contexto que existía entre Dahl y sus lectores originales para que la interpre-

tación del texto tuviera la misma *relevancia* en la lengua término.

Partiremos de la base que Dahl, como emisor, produce un mensaje destinado a los niños, los receptores; a través de ese mensaje el escritor busca una relación que sólo podrá entablar adoptando el punto de vista de un niño, acercándose y aliándose con él. Como el mismo afirmaba: «si tienes que escribir libros que gusten a los niños debes estar de su parte, contra los mayores».

El traductor, pues, va a manejar un texto muy cercano al niño, con un vocabulario que sin ser simple es el que un niño utilizaría, con metáforas sorprendentes para llamar su atención, pero basadas en su entorno y, ante todo, muy divertidas. Este será el efecto que habrá de producir el traductor en sus lectores. Si lleváramos a cabo un análisis concienzudo de las distintas traducciones españolas de los libros de Dahl, veríamos que salvo algunos problemas de adaptación cultural, los traductores se han empleado a fondo. Sorprende,



El padre de Matilda, señor Wormwood o señor Gusánez.

QUENTIN BLAKE, MATILDA, ALFAGUARA, 1989.



La madre de Matilda, señora Gusánez.

QUENTIN BLAKE
MATILDA, ALFAGUARA, 1989.

sin embargo, que nunca se haya intentado traducir los nombres propios, y éste es a mi juicio un elemento esencial en los libros de Dahl. Recientemente, se han llevado a la gran pantalla dos de sus obras: *James y el melocotón gigante*, que fue su primera historia para niños; y *Matilda*, la última que escribió. Más de un pequeño espectador se habrá preguntado porqué los personajes tenían unos nombres tan raros, que seguramente no podrán recordar tras la película.

Apellidos característicos

James y el melocotón gigante y *Matilda* no son, como afirma Dieter Petzold³, «novelas realistas», sino que como otros libros de Dahl son «cuentos de hadas disfrazados». Observamos en ambos un elemento satírico muy acusado y, según Petzold, esa combinación de sátira y cuento de hadas tiene mucho que ver con Dickens, con las «fantasías dickensianas». Ambos protagonistas se encuentran, por un lado, aislados, teniendo que salir adelante por sus propios medios con astucia; y, por otro, acosados por *ogros*: la señorita Trunchbull en *Matilda* y las dos tías en *James*.

Precisamente, una de las reminiscencias de Dickens es el uso de apellidos característicos. En *Matilda*, el apellido es un código semántico muy importante porque hace una llamada de atención al lector y produce, en la mayoría de los casos, una imagen muy divertida; es, por tanto, una forma de caracterizar el personaje. Sin embargo, la versión española, como he apuntado antes, ha mantenido los nombres en inglés con lo cual, por un lado, el niño español pierde información y, por otro, se produce un efecto de *extrañamiento*, de tal forma que al leer los nombres en otro idioma siempre sentirá la historia, consciente o inconscientemente, ajena a su mundo.

La tarea de buscar nombres equivalentes es ardua. A propósito del tema, Marta Mateo Martínez-Bartolomé⁴ apunta que los escritores españoles «se muestran menos inclinados a otorgar nombres significativos a sus personajes, lo cual podría deberse a las características ortográficas y fonológicas de nuestro idioma: al haber una correspondencia casi exacta entre la

ortografía y la pronunciación del español, el poder evocador de sus nombres queda restringido principalmente a aquellos cuya grafía coincide casi exactamente con la de otro vocablo que designe alguna cualidad o hecho».

Matilda

¿Cómo podríamos solucionar esta vacía semántica en *Matilda*? Veamos los nombres de algunos de los personajes principales. Tenemos al señor y la señora Wormwood, cuyo apellido significa *ajenojo*, que es una planta que ayuda a eliminar las lombrices intestinales. La metáfora está evidentemente en *Worm* (gusano). El matrimonio es tan repulsivo como un gusano: «El señor Wormwood era un hombrecillo malhumorado, cuyos dientes superiores sobresalían por debajo de un bigotillo de aspecto lastimero». En cuanto a la señora Wormwood, «era una mujerona con el pelo teñido de rubio platino... Iba muy maquillada y tenía uno de esos tipos abotargados y poco agraciados en los que la carne parece estar atada alrededor

del cuerpo para evitar que se caiga». Este matrimonio podrían ser en español el *señor y la señora Gusáñez*.

La señora Phelps es la bibliotecaria que ayuda a Matilda a elegir los libros que pueden gustarle. Es una señora muy amable, cuya misión, como su nombre indica en inglés, es el de ayudar (*to help*) a la niña en los primeros momentos. Si utilizamos un nombre de pila en vez de un apellido, conseguiremos un efecto parecido con *Doña Auxilio*.

La señorita Honey es la bondadosa maestra de Matilda, toda ella tan dulce como la miel (*honey*), «no tendría más de 23 ó 24 años y tenía un bonito rostro ovalado pálido de Madona». Una vez más, me parece más apropiado recurrir a un nombre de pila, que pueda resultarle cercano a un lector español, y podría ser *señorita Dulce Nombre*.

La señorita Trunchbull es la directora del colegio, un «gigantesco ser terrorífico un feroz monstruo titánico». El nombre en inglés se divide en *trunch*, que hace referencia a *truncheon*, es decir, golpear con una porra, y *bull*, que significa toro. En español, sin embargo, para dar ese carácter amenazador sería más conveniente utilizar la imagen del ogro, pero al mismo tiempo para no perder el tono humorístico.



La profesora de Matilda, señorita Honey o señorita Dulce Nombre.

co con el que Dahl viste a este personaje, tendremos que combinar *ogro* con algún adjetivo que de idea de la enormidad de la directora. Podríamos, por ejemplo, llamarla *señorita Gordaogróñez*.

Entre los compañeros de colegio de Matilda, están Amanda Thripp y Bruce Bogtrotter. La primera es una diminuta chica con coletas que tiene un encuentro con la señorita Gordaogróñez. Ésta la agarra por las coletas «haciéndola girar alrededor de su cabeza». *Amanda Tirón* se podría corresponder bastante bien con la palabra que Dahl se inventa, *Thripp*

que parece venir del verbo *to throw* (lanzar). En cuanto al glotón de cara regordeta que se atreve a robarle un trozo de tarta a la directora, tenemos por un lado que su nombre juega con *to bog* que significa hundirse o atollarse, lo que hace referencia a lo tragón que es Bruce: «El chico estaba tan atiborrado que era casi como un saco de cemento». Y, por otro, juega con *trotter*, es decir, alguien que trota, aunque *trot* significa también niñi-

to. En español, podríamos recoger la primera idea y llamar al niño *Bruno Tragaldabas*.

James

James y el melocotón gigante era el cuento favorito de los hijos del Roald Dahl. El escritor solía contarles las aventuras de un niño que viaja por el mundo, y que así va madurando. Fue su primer libro para el público infantil. Apareció en 1961 y fue traducido al castellano por Alfaguara en 1987. James Henry Trotter, el nombre del protagonista, podría traducirse como *Jaime Enrique Trotamundos*, porque *trotter* es un caballo trotón y James al verse obligado a abandonar el hogar de sus padres se convierte en un trotamundos. El niño va creciendo durante el viaje con cada experiencia y con cada decisión que toma: «un largo y silencioso viaje...en el que pudo ver cosas que nunca había visto nadie anteriormente».

Los nombres de las dos arpias de sus tías tampoco están traducidos. El lector se topa con dos términos que no le dicen nada. La tía Sponge «de ojos pequeños y cerdunos, la boca hundida, y una de esas caras flácidas y lechosas que dan la impresión de haber sido cocidas», «era enormemente sebosa y redonda». Dahl la veía como una esponja (*sponge*) grasienta que todo lo engulle, la tía *Marimantecas*.

La tía Spiker no es que aparezca más favorecida, «nervuda, alta y huesuda... flaca como un cable, dura como un hueso y seca como un cable», resulta como una estaca (*spike*). Exceptuando al matrimonio Gusáñez y a la señorita Gordaogróñez, he optado por utilizar, en la mayoría de los casos, nombres de pila en vez de apellidos. En literatura para niños debemos acercarnos lo más posible, como dije antes, a su mundo y el uso de nombres en vez de apellidos, sobre todo en español, me parece más válido. Por ello he elegido para la tía Spiker el nombre propio de *Fideomena*, combinando así el sustantivo *fideo*, que hace referencia a lo delgada que está, con el nombre propio Filomena. Así era la tía *Fideomena* «toda chupada y descarnada».

Sería muy interesante hacer un estudio de todos los libros que escribió Roald Dahl para intentar encontrar equivalen-



QUENTIN BLAKE, MATILDA, ALFAGUARA, 1989.

La directora, señorita Trunchbull o señorita Gordaogróñez, lanzando a Amanda Tirón.



QUENTIN BLAKE, JAMES Y EL MELOCOTÓN GIGANTE, ALFAGUARA, 1996.

Las tías de James: Marimantecas y Fideomena.



QUENTIN BLAKE, JAMES Y EL MELOCOTÓN GIGANTE, ALFAGUARA, 1996.

James Henry Trotter o Jaime Enrique Trotamundos.

tes a todos los nombres propios de sus protagonistas y, por supuesto, incluir estos nuevos nombres en español en las futuras reediciones que de ellos se hagan. Desde aquí animo a los traductores encargados de las obras de Dahl para que busquen soluciones a este problema. Viene a mi mente *La maravillosa medicina de Jorge*. Jorge, el niño travieso que intenta envenenar a su horripilante abuela, es el hijo del señor Killy Kranky, «una persona con la que no era fácil convivir porque incluso se entusiasmaba con la tontería más gorda». ⁵ Killy vendrá probablemente del verbo *to kill* (matar) y Kranky de *cranky*, que significa chiflado. Aquí tenemos, pues, otro caso interesante de pérdida de información. El

lector se ve privado del retrato completo del personaje y, además, como dije al principio, tiene que enfrentarse a vocablos extranjeros que seguramente le dirán bien poco.

No pretendo adoptar el papel de crítico de las traducciones que he manejado. No soy quién para juzgar un trabajo que fue seguramente concienzudo. No cabe duda que las historias de Dahl son las más vendidas en todo el mundo y que esta cuestión puntual en nada repercute en el número de ejemplares vendidos. No en vano recibía Roald Dahl cada semana más de mil cartas de todo el mundo y su casa estaba atestada de dibujos que le mandaban sus pequeños lectores. El escritor y su obra son universales. ■

*Carmen Fernández Martín de la Universidad de Cádiz.

Notas

1. Shimoda, N., «The difficulty of translation: decoding cultural signs in other languages» en *Children's Literature in Education* 4, 1992 (vol. 23, pp. 210-202).
2. Sperber, D. y Wilson D., *Relevance: communication and cognition*, Cambridge (Massachusetts): Harvard, 1986 (pp. 15-16).
3. Petzold, D., «Wish-fulfillment and subversion: Roald Dahl's dickensian fantasy Matilda» en *Children's Literature in Education* 4, 1992 (vol. 23, p. 186).
4. Mateo Martínez-Bartolomé, M., «¿Lady Sneerwell o Doña Virtudes? : la traducción de los nombres propios emblemáticos en las comedias» en el IV Encuentro Complutense en torno a la Traducción (Madrid, 24-29 de febrero de 1992, pp. 433-443).
5. Traducción propia del libro inglés: *George's Marvellous Medicine*, Londres: Penguin, 1981 (p. 67).

Bibliografía

Arencibia Rodríguez, Lourdes, «Comunicación: interacción textual y traducción» en *Sendebarr* 5, 1994 (pp. 27-38).
 Barreiro Sánchez, Manuel A., «Los actos de habla en el proceso de traducción», en *Sendebarr* 5, 1994 (pp. 39-53).
 Bell, Roger T., *Translation and translating: theory and practice*, London: Longman, 1991.
 Dahl, Roald, *Matilda*, London: Random, 1994.
 Dahl, Roald, *Matilda*, Madrid: Alfaguara, 1994. Traducción de Pedro Barbadillo Gómez.
 Dahl, Roald, *James and the Giant Peach*, London: Penguin, 1990.
 Dahl, Roald, *James y el melocotón gi-*

gante, Barcelona: Alfaguara, 1987. Traducción de Leopoldo Rodríguez Gutt, Ernst-August, *Translation and relevance cognition and context*, London: Blackwell, 1991.
 Mateo Martínez-Bartolomé, Marta, «¿Lady Sneerwell o Doña Virtudes? : la traducción de los nombres propios emblemáticos en las comedias» en *IV Encuentro Complutense en torno a la Traducción* (24-29 de febrero, Madrid, pp. 433-443).
El Mundo, «Roald Dahl: Como todos los jóvenes, disfruté con la guerra» (25 de noviembre de 1990).
 Peña, S. y Hernández Guerrero, M.J., *Traductología*, Málaga: Universidad de Málaga, 1994.

Petzold, Dieter, «Wish-fulfillment and subversion: Roald Dahl's dickensian fantasy Matilda» en *Children's Literature in Education* 4, 1992, (vol. 23, pp. 185-193).
 Shimoda, Noriko, «The difficulty of translation: decoding cultural signs in other languages» en *Children's Literature in Education* 4, 1992 (vol. 23, pp. 195-202).
 Sperber D. y Wilson, D., *Relevance: communication and cognition*. Cambridge (Massachusetts): Harvard, 1986.
 West, Mark I., «Interview with Roald Dahl» en *Children's Literature in Education* 2, 1990 (vol. 21, pp. 61-66).